

La moral, significados y dinámica

Las teorías filosóficas a veces nos hacen creer que el mundo moral no es tan valioso como el ético. Tendemos a dejar la vida moral de las personas y de las comunidades concretas para las investigaciones de los antropólogos o sociólogos, con ello olvidamos la fuente o el terreno que nos permite una actitud ética. La moral es el terreno sobre el cual se realizan los debates éticos o se vive de manera conformista, en el cual las personas buscan sus realizaciones personales o se deshumanizan, en el cual las personas educan a las nuevas generaciones o las abandonan a su suerte. Por ello es significativo que algunas tendencias éticas contemporáneas, como el comunitarismo, incluyen en su reflexión perspectivas que antes se pensaban propias de los antropólogos o sociólogos.

En esta parte abordaremos indagaremos sobre la moral desde tres perspectivas. La primera es ver los usos lingüísticos del término, la segunda es entender la moral desde una comunidad cultural, la tercera es desde la aparición de la moral desde la persona. Claro que en la vida concreta estas no pueden separarse y están interactuando en una dinámica a veces tensa y conflictiva, a veces armónica y estimulante.

La moral como sustantivo y adjetivo

En el mundo moral no sólo los conceptos de bondad, justicia, libertad, etc., tienen distintos significados, también la propia palabra “moral” tiene una gama de significados nada despreciables. Dichos significados son indicaciones de la historia de la palabra “moral”, cambios en los usos sociales así como en los discursos

filosóficos. El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia trae las siguientes acepciones:

Moral. Adj. Perteneciente o relativo a las acciones o caracteres de las personas, desde el punto de vista de la bondad o malicia. 2. Que no pertenece al campo de los sentidos, por ser de la apreciación del entendimiento o de la conciencia. *Prueba, certidumbre moral.* 3. Que no concierne al orden jurídico, sino al fuero interno o al respeto humano. *Aunque el pago no era exigible, tenía obligación moral de hacerlo.* 4. f. Ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden a su bondad o malicia. 5. Conjunto de facultades del espíritu, por contraposición a físico. 6. Ánimos, arrestos. 7. Estado de ánimo, individual o colectivo. 8. Con relación a las tropas, o en el deporte, espíritu, o confianza en la victoria. (*DEL*, 22.^a edición, 1040)

Los usos del término hacen referencia a distintos aspectos, aparentemente inconexos. Por un lado a la valoración de las personas (1), a la conciencia (3), al orden teórico o intelectual (4), al ánimo (6 y 7), a la confianza (8), hasta al conjunto de facultades espirituales (5). ¿Están desconectados estos significados? El aspecto que une a los distintos significados no están en ellos sino en lo que presuponen: una tradición, un horizonte de significados, una cultura. Tradición que presupone acuerdos en las distinciones cualitativas, las cuales constituyen nuestro marco de referencia u “ontología moral” (Taylor), a partir del cual organizamos nuestra vida personal y comunitaria.

Basándose en la definición de la Real Academia, Cortina y Martínez (1998, 17) distinguen los siguientes usos:

USOS DE "MORAL" COMO SUSTANTIVO	<p>A) Modelo de conducta socialmente establecido en una sociedad concreta ("la moral vigente"). Puede ser estudiado por las ciencias sociales.</p>		<p>La "moral vivida" (Azarguren)</p>
	<p>B) Conjunto de convicciones morales personales ("Fulano posee una moral muy rígida", "Mengano carece de moral"). Código de conducta personal.</p>		
	<p>C) Tratados sistemáticos sobre las cuestiones morales ("Moral"). La "ciencia del bien en general" en rigor no existe.</p>	<p>C.1) Doctrinas morales concretas ("Moral católica", "moral protestante", "moral comunista", "moral anarquista", etc.). Las doctrinas morales tratan de sistematizar un conjunto concreto de principios, normas, preceptos y valores.</p>	<p>La "moral pensada" (Azarguren)</p>
		<p>C.2) Teorías éticas ("Moral aristotélica", etc., aunque lo correcto sería más bien "ética aristotélica", "ética kantiana", etc.). Intento de dar razón del hecho de los códigos morales, de la moral.</p>	
	<p>D) Disposición de ánimo producida por el carácter y actitudes adquiridos por una persona o grupo ("tener la moral muy alta", "estar alto de moral", etc.). Según este significado, la moral no es sólo un saber o deber, sino una actitud, un carácter, que abarca lo cognitivo y emotivo.</p>		
<p>E) Dimensión de la vida humana por la cual nos vemos obligados a tomar decisiones y a dar razón de ellas ("lo moral"). Abarcaría los significados A y B.</p>			

La “moral vivida” (A y B) no hace referencia sólo a las “convicciones y conductas personales”, sino también a la “textura normativa” (Hoffe) de:

- Las instituciones sociales, como la familia, la propiedad, los organismos estatales y privados, etc.
- El ordenamiento social, político, económico y religioso.

Por otro lado, el término “moral” es usado como adjetivo para calificar a las personas o las acciones. En ese uso tiene relevancia la distinción “moral” e “inmoral”. Este uso es más frecuente en el ámbito social. “*Moral*” hace referencia a las valoraciones de las acciones buenas y justas. “*Inmoral*” hace referencia a las acciones malas e injustas. Y será moral e inmoral cuando se ajuste o no a la moralidad social.

También se usa “moral” como adjetivo con un significado distinto, especialmente dentro de la ética descriptiva y la ética normativa. “*Moral*”, todos los actos que pueden ser calificados como buenos o malos, justos e injustos. Este significado sólo describe, no valora. “*Amoral*”, todos los actos que pueden ser valorados con otros criterios, como los estéticos, religiosos, intelectuales, etc.

Elementos y dinámica del fenómeno moral

El fenómeno moral es complejo por lo que muchas pueden ser las perspectivas para su estudio: histórica, política, económica, cultural, etc. Y es que la conducta humana está marcada por todos estos factores. A pesar de su complejidad, la moralidad es el campo de estudio de la ética y las teorías éticas deben ser evaluadas en función de esa realidad y no solamente por su estructura interna. La separación entre ética y moral se ha reflejado en el poco diálogo entre estas dos esferas humanas. Vamos a estudiar el fenómeno moral en su relación con la comunidad moral que la concreta.

Estudiándola desde una perspectiva sincrónica, desde un corte vertical de la realidad temporal, se puede sostener que la moral o moralidad es aquella realidad social expresada por:

- La persona o agente moral, caracterizada como aquella en la cual se realizan los demás elementos del fenómeno moral. La persona llega a su estatus ético cuando tiene conciencia moral, responsabilidad y realiza la sabiduría práctica.

- Virtudes éticas, excelencias o cualidades personales que permiten el logro de los bienes internos de las actividades sociales, así como la realización de la felicidad o autenticidad.
- Normas y principios (como «debemos ayudar a nuestro prójimo», «debemos respetar nuestras promesas», «no debemos matar»),
- Ideales y valores (bien, justicia, felicidad, solidaridad, etc.),
- Sentimientos (como el sentimiento de obligación, amor, simpatía, compasión, etc.),
- Juicios acerca de las personas y sus acciones (como «Juan es justo», «Juan no debió mentir a sus padres», «Juan es irresponsable», etc.),
- Las acciones morales: robar, ayudar al prójimo, matar, mentir, no cumplir sus promesas, etc. y
- Sanciones (internas y externas, como la aprobación y desaprobación, remordimiento, culpa, etc.).
- Todos estos elementos contenidos en lo que podríamos denominar la “fuente moral” de una comunidad, la que constituye parte importante de toda tradición. Dicha fuente está conformada por mitos, cuentos, refranes populares, que se transmiten a través de la familia, el colegio, los medios de comunicación, la literatura, etc., y a partir de los cuales vamos aprendiendo sobre lo bueno y lo malo, lo justo y no injusto.

Volvemos a insistir. Todos estos elementos se dan en las interrelaciones personales, dentro del marco cultural (tradiciones, creencias religiosas, sistemas filosóficos). En este sentido, la moral es social porque es realización de generaciones pasadas y presentes. Nacemos ya dentro de una tradición moral, la cual vamos aprendiendo —por lo menos al principio— de manera narrativa, es decir, aprendemos la moral mediante los cuentos, los mitos, los refranes, las canciones, etc., los cuales se convierten en nuestros presupuestos morales. La sociedad crea y recrea esas narraciones. Es interesante percatarse que en el aprendizaje moral intervienen todos los elementos humanos como la razón, los afectos, los deseos, los valores, las creencias, etc. ¿Cómo puede hacer justicia la teoría ética a esta complejidad del mundo moral? Muchas veces, en su afán de encontrar una explicación racional, los eticistas han sobrevalorado unos factores y menospreciado otros. Todavía queda mucho por meditar sobre esta “fuente moral”.

Además, estos elementos de la vida moral no funcionan de manera desarticulada. Los filósofos normativos de la modernidad y actuales han puesto demasiado énfasis en las normas, pero —como lo ha visto MacIntyre— ello tiene que ver con la forma con que los modernos entendieron la moral. Como hemos señalado anteriormente, en torno a tres elementos gira la vida moral de una comunidad: los fines, las normas y las virtudes, todas ellas haciendo una forma de vida. Las comunidades proponen fines o valores a realizar. En función a los fines se jerarquizan las normas morales que promueven virtudes y se constituyen formas de vida. Así, el pragmático y el hedonista tienen diferentes normas porque han elegido diferentes fines-valores en sus vidas, constituyendo modos de vida diferentes.

Las comunidades culturales contienen fines que son horizontes de plenitud para los miembros de la comunidad. Como tal, dan sentido a la vida y a las acciones de los individuos. Esos fines son valores o ideales de vida, los cuales se presentan jerárquicamente. Generalmente las sociedades tradicionales tienen valores religiosos como superiores y en torno a ellos se organizan los otros valores, las normas y las virtudes, todo ello enmarcado tradicionalmente dentro de un orden divino-cósmico.

Al parecer es un dato sociológico que las comunidades humanas siempre han requerido de normas para vivir. Las sociedades tradicionales muchas veces han sido legalistas, es decir, necesitaron estructurar toda su vida social y personal en torno a normas. En nuestras sociedades modernas las normas morales adquieren máxima relevancia en la teoría deontológica, al punto de plantear la posibilidad de normas morales universales. Además, ya no se tienden a confundir (y a veces ni quisiera relacionar) con otros tipos de normas. Si bien es necesario reconocer las diferencias entre los tipos de normas, no hay que hacerlas para aislarlas sino para reconocer sus interconexiones, sus articulaciones.

La moral de los pueblos premodernos generalmente no distinguía la moral de los otros aspectos de la vida social. La moral se mezclaba con cuestiones religiosas, jurídicas, costumbres, etc. Todo podía ser evaluado en términos morales. Este estado indiferenciado permitía una articulación de la vida de la comunidad moral. Por ejemplo, en el imperio incaico, la moral tenía connotaciones jurídicas y económicas, mientras en las sociedades modernas se ha logrado diferenciar distintos ámbitos del moral. Sin embargo,

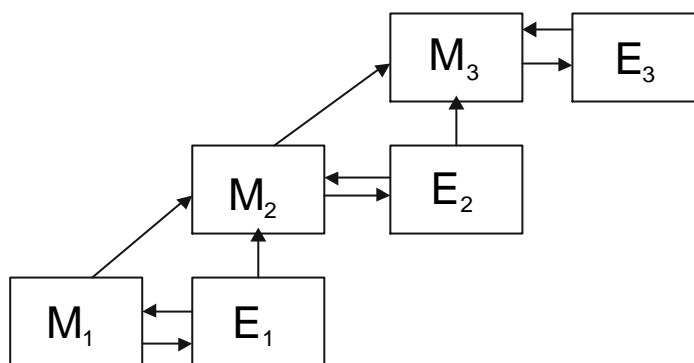
la modernidad ha difundido la creencia que pueden ser ámbitos incomunicados, haciendo de la moral un elemento prescindible.

En estas últimas décadas se ha vuelto a revalorar la moral en distintas actividades humanas. Si bien es cierto que las sociedades modernas ya no pueden volver al “indiferentismo”, requieren puentes de comunicación entre sus distintos ámbitos. Para ello tiene que recuperarse la idea de que la moral es un sustrato esencial de la existencia personal. Así, la moral se puede convertir en vaso comunicante entre las distintas esferas de la vida humana. ¿Qué hace necesario esos puentes? Pues creo que factores internos y externos. a) Factores internos: las actividades sociales tienen fines internos (MacIntyre) que requieren de cierta base moral para su realización. b) Factores externos: las actividades sociales van tejiendo una red, un “tejido normativo”, que afecta la vida moral de la comunidad.

El mundo moral, además de ofrecernos elementos para construir nuestra propia vida ética, tiene una historia de encuentros y desencuentros entre sus diversos componentes. La moral social es dinámica debido a la intervención de factores subjetivos (conciencia, intereses, ideales de vida, etc.) y objetivos (condiciones sociales, culturales, económicas). Así, en dicha dinámica intervienen intereses, condiciones socioeconómicas, organizaciones de las instituciones, etc. De esa manera, la moral se constituye en un “campo morfogénico”, el cual origina, estructura y orienta la vida de la comunidad. Taylor la denomina marco referencial o fuente moral a ese trasfondo implícito o explícito de nuestros juicios y reacciones morales. Pero no es suficiente que exista ese trasfondo, es necesario articular los bienes contenidos en él para que pueda dar sentido a nuestras acciones (Taylor 1996, 42). Dicha articulación no es nada fácil, por eso mismo se produce una dinámica de la vida moral.

Así, en y frente a ese mundo moral y debido a los bienes que contiene y a los problemas que generan, surgen las éticas, es decir, teorías reflexivas que buscan revisar los fundamentos de la moral, sea para rescatar bienes originarios olvidados o para proponer mejores formas de lograr la realización de los bienes morales o para proponer una nueva moral. Dichas reflexiones afectan —tarde o temprano— el campo moral, enriqueciéndolo. Una vez más, la comunidad cultural asume los aspectos que mejor le conviene, renovando la moral. La que a su vez, en el devenir de su historia, planteará nuevos problemas que nuevas teorías éticas ten-

drán que asumir. Veamos el siguiente cuadro que esquemáticamente puede presentar esta dinámica entre la moral y la ética:



El esquema muestra una moral (M1) y una ética (E1) y sus relaciones. Sin embargo, una comunidad cultural puede tener diversas tradiciones morales, las que pueden generar éticas distintas. Estas recogen los problemas y conflictos morales, personales y sociales, que son pensados y devueltos como teorías, los cuales afectan el mundo moral, generando una renovación moral o una moral distinta. A partir de ahí se sigue un proceso similar.

Podríamos parafrasear a MacIntyre diciendo que la tradición moral (en la que participa la ética activamente) no puede ser pensada como algo estático, que permanece inmutable en la vida de las comunidades, sino como un “debate interno” que permite ir encontrando “sentido y acuerdos fundamentales”. La metáfora que podemos utilizar es la del mar, en el cual el movimiento es permanente, pero varía en las profundidades y en la superficie, ante acontecimientos climáticos o ante la presencia de la luna, movimiento que tiene patrones definidos en las corrientes marinas. De similar manera, en la dinámica de la tradición moral intervienen actitudes, intenciones, actividades e instituciones, que toman formas de las más variadas como el conservadurismo, el radicalismo moral, la indiferencia, el cinismo, etc. Posturas que entran en conflicto y que requieren debates para ir articulando —a través de la racionalidad práctica— sus “acuerdos fundamentales”. Por ello, tradición que no dialoga es tradición que se fragmenta, se desarticula y autodestruye.

Este carácter dinámico de la tradición moral se debe a que el campo de la moral no tiene límites definidos. Taylor sostiene que no se puede trazar una línea neta y son problemas alrededor de la moral (Taylor 1992, 233), por lo que los límites de la moral son una “cuestión abierta”. Eso también puede explicar que las éticas propuestas en el pasado no sean superadas definitivamente por las nuevas, sus perspectivas han quedado latentes hasta que nuevas condiciones las revitalicen. Además, el carácter de la moral permite que se puedan formular preguntas éticas, las que nos obligan a revisar las distintas respuestas pensadas. Como hemos dicho, la vida ética se convierte en una búsqueda.

Dinámica de la vida moral

En esta parte queremos enfocar la moral desde el agente. Vamos a servirnos del trabajo de José A. Marina *Ética para náufragos* y agregar nuestras reflexiones.

1) La moral de los pueblos se encuentra dentro de las culturas, es decir, dentro de una forma de ver e interpretar el mundo. Los humanos no estamos sólo frente a un mundo de cosas sino de significaciones y valoraciones con las cuales sentimos el mundo de una manera determinada. Valoramos, deseamos, sentimos, tememos, queremos, etc. , de ese modo vamos asimilando el contenido moral, aunque no de manera pasiva.

2) A partir del marco anterior, según Marina hay por lo menos dos modos de interpretar la génesis de la moral: el modelo de evolución biológica y el modelo lingüístico. El filósofo español opta por la segunda y dice:

Prefiero comparar la formación de las morales históricas con la formación de las lenguas. Un propósito constante —comunicarse y sobrevivir—, y unas capacidades innatas, generan un proceso complejo, lleno de incidentes, interferencias, contagios y aventuras imprevistas. Ni los hablantes ni los agentes saben cómo se han formado las reglas sintácticas o las reglas morales. Se aceptan, se siguen o se transgreden y se comprueba que en su conjunto son eficaces y se ajustan a nuestro comercio con la realidad. (Marina 1998: 48)

Así, recibimos una moral con “contenidos *implícitos*”, por lo que una de las tareas del eticista es hacer explícito esos contenidos. En otras palabras, las sociedades contienen presupuestos morales que

requieren ser revisados, de lo contrario pueden petrificarse, volverse superficiales y muchas veces generadores de conflictos.

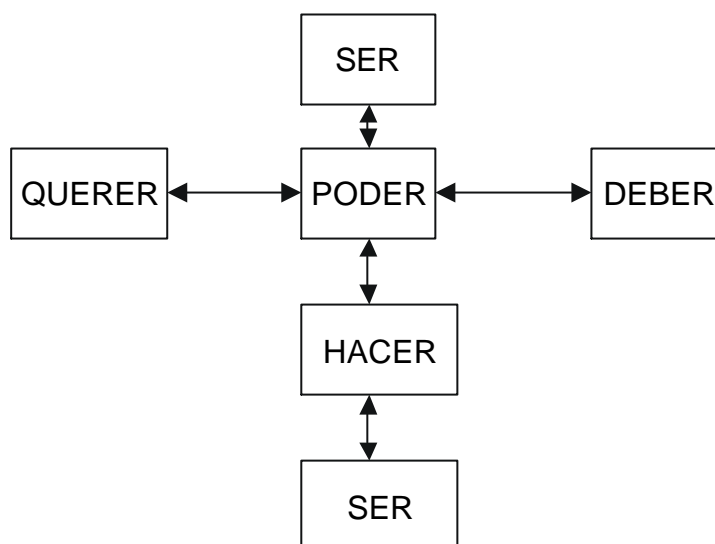
3) ¿Existen elementos comunes a toda moral? Marina los encuentra en las características de todo ser humano: ser, querer, poder y deber:

Hay algunos compuestos comunes a todas las morales, al fin y al cabo todas están tejidas con los mimbres del comportamiento humano: ser, querer, poder y deber. Todos *somos* de alguna manera y *podemos* hacer unas cosas y no otras, pero podemos hacer más de lo que *debemos* hacer, lo cual es fuente de problemas, y, para colmo de males, el ámbito de nuestros *quereres* no coincide ni con lo que somos, ni con lo que podemos, ni con lo que debemos. Así las cosas, nuestra vida se convierte en un tira y afloja entre estos elementos en discordia, que el *hacer* acaba zanjando. El territorio moral, que es el reino del hacer, de la acción, está delimitado por el ser, el poder, el querer y el deber, conceptos que forman la semántica básica de toda moral, de los cuales hay que explicar sus contenidos implícitos y su génesis. (Marina 1998, 48)

Además de los contenidos implícitos, la forma como articulamos estos verbos dará por resultado actitudes y formas de vida distintas. Unos resaltarán el querer (hedonista), otros el poder (pragmáticos), otros el deber (deontólogos), mientras otros una mezcla entre ellos. Sin embargo, en el contexto donde la persona no es valorada, el ser resulta siendo mero depósito del querer, poder y deber. Por otro lado, las morales y las teorías éticas vigentes solucionan de manera distinta las relaciones entre dichos elementos, creando contenidos diferentes. La teoría kantiana hace una alianza entre querer y deber, entre voluntad y razón, donde el ser y el poder resultan siendo sometidos y subordinados.

¿Es posible articular estos verbos de forma más coherente? ¿Y cuál sería ese criterio de articulación? Si todo querer, poder y deber tienen como presupuesto al ser y si toda actividad del querer, poder y deber redundan en el ser, ¿por qué no hacer del *ser* el principio de todo querer, poder y deber? “Obra de tal manera que el ser tienda a su perfección”, podría formularse el principio. Y en la realización del ser debemos tener en cuenta los tres grandes verbos morales. En tanto que la prioridad de uno de ellos tiende a producir conflictos personales y sociales. El liberal radical sobrevalora el querer a costa de los demás. Determinadas concepciones de la política dan prioridad al poder. ¿Por qué no tener en cuenta

la relación entre los tres verbos y su raíz en el ser? Poniéndolo en esquema tendríamos:



4) Añade Marina que las morales tienen un tipo de comportamiento especial: la obediencia. Pero, ¿por qué obedecemos? ¿a quién obedecemos cuando obedecemos? El filósofo español descarta que la obediencia humana tenga paralelismo con la obediencia animal, por lo que la moral no es un tipo de amaestramiento.

Los motivos de la obediencia —deseo de ser querido o el temor— son irrelevantes para comprender el suceso. Lo importante es que gracias a esa habilidad podemos dirigir nuestro comportamiento por medio de estímulos irreales. Un estudioso de la inteligencia no debe olvidar que, antes que nada, una orden es un *significado*, un mensaje simbólico, una expresión lingüística. El amaestramiento animal es un enlace directo entre incentivos y respuestas. Skinner lo vio perfectamente. Lo que ocurre con la obediencia inteligente es distinto: el niño aprende a *regirse por valores pensados y no sólo por valores sentidos*. (Marina 1998, 50)

La orden y la obediencia presuponen la existencia de un trasfondo moral. Con una orden lo hacemos explícito, con la obediencia accedemos y afirmamos el trasfondo. Ese mundo irreal de significaciones hace que la obediencia humana sea el modo en que

aprendemos a ser libres. Y es que con el lenguaje significativo construimos nuestro yo que se da órdenes.

Y ese poder darse órdenes y de obedecerlas es el fundamento de la libertad. Ya no hay sumisión exterior, ya no hay heteronomía. El sujeto es su propio dueño. (Marina 1998, 51)

De esa manera, el lenguaje no es un simple instrumento que se exterioriza, sino que con él nos vamos constituyendo como humanos y agentes morales. Nuestro modo de ser dialógico es a la vez nuestro modo de ser moral, porque con él hacemos nuestras distinciones morales que fundan y orientan la vida humana. Añade Marina:

Comprender que nuestra subjetividad está dividida en una fracción pulsional y una fracción hablada es indispensable para comprender el fenómeno moral. A un lado están los deseos. A otro, los deberes. El deber es una formulación lingüística, es fruto del pensamiento, es evidencia mediata. (Marina 1998, 51)

La exterioridad de la autoridad serviría para que el niño vaya aprendiendo a darse órdenes. Y en las órdenes está contenido el modelo de comportamiento que debe aprender (los niños buenos hacen, los niños buenos no hacen). Ambas cosas van constituyendo la “voz de la conciencia”.

El niño —y el mayor— se da órdenes, compara su comportamiento con su modelo y se enorgullece o avergüenza. (Marina 1998, 53)

Pero el modelo moral es un modelo mental para realizar, no simplemente para usar. Resumiendo sus tesis, Marina dice:

En resumen, el niño sale de la infancia con una *estructura deudora*, configurada por un modelo recibido de una autoridad con la que está unido por lazos de amor o miedo, y por un *Yo ejecutivo* elocuente que sabe hacer planes y darse órdenes. El *modelo* es el proyecto general de vida aceptado sin reflexión, con la misma ingenuidad con que se aceptan las reglas del lenguaje, y que el sujeto concretará a su manera. Sólo más tarde, cuando ese modelo entre en crisis por alguna razón, cosa que sucede con frecuencia en las sociedades abiertas y con menos frecuencia en las cerradas, el ser humano se preguntará: ¿Y por qué tengo que aceptar ese modelo? Si se hace la pregunta seriamente, está ya en terreno ético. Y la respuesta, tal vez, pueda ser escandalosamente inmoral. (Marina 1998, 54)

Lenguaje, orden y obediencia sin duda forman parte importante de la formación moral del niño, pero también existe una tendencia a la imitación que no es obligada por una orden. Esta dimensión no verbal la imitación no es de poca importancia, porque permite explicar que a pesar de las expresiones verbales, tendemos a hacer lo que está habituado. Ejemplo, el padre puede decirle al niño que no debe mentir, pero imita al padre cuando miente, los funcionarios pueden tener ideas sobre normas y valores pero imitan el comportamiento inmoral de una institución, etc. El comportamiento puede reforzar o negar el lenguaje moral de órdenes y sanciones.

5) ¿A quién obedecemos cuando obedecemos? Los filósofos, teólogos y científicos han dado diferentes respuestas:

- Dios, según las religiones monoteístas, dador de las normas y ante él tenemos que responder.
- La naturaleza. En su sentido metafísico, en el estoicismo. En su sentido biológico, el biologicismo que sostiene que la conciencia es producto de la naturaleza y tiende a seguir sus leyes.
- La sociedad (sociologismo, marxismo, Bergson).
- El super-yo de Freud, internalización de nuestra herencia social y biológica que vigila y juzga nuestros actos.
- La conciencia autónoma. Con esta última es que Marina está de acuerdo. Mientras las otras son heterónomas, es decir, respondemos a algo que no somos nosotros mismos, la respuesta kantiana es que respondemos a nuestra propia conciencia racional.

Dicha autonomía es algo que se va ganando, desde la niñez en que tiene un poder mínimo de autodeterminación hasta que logra constituirse en conciencia autolegisladora. Sin olvidar que dicha autolegislación sólo se puede producir en un contexto moral previo, en el cual participan tanto el querer como el poder. Es decir, la autolegislación no se hace a costa de, sino con la articulación entre ser, querer, poder y deber.

Bibliografía

- CORTINA, A. y Martínez, E. *Ética*. Madrid: Akal. 1998
- FRANKENA, W. K. *Ética*. México: UTEHA. 1965.
- HÖFFE, O. *Diccionario de ética*. Barcelona: Crítica. 1994.
- MACINTYRE, Alasdair. *Justicia y racionalidad*. Navarra: EIUNSA. 1994.
- MARINA, José Antonio. *Ética para náufragos*. Barcelona: Anagrama. 1998.
- TAYLOR, Charles. *Fuentes del yo*. Barcelona: Paidós. 1996.
- TAYLOR, Charles. *Philosophy and the human sciences. Philosophical papers 2*.
Cambridge: Cambridge University Press. 1992.